
**“Yo soy de nacimiento cobarde.
He temido muchas cosas,
pero lo que he temido más es la soledad”***

Elena Poniatowska

Dice José Joaquín Blanco en su excelente *Crónica de la poesía mexicana* que Rosario Castellanos, “con su nombramiento de embajadora y su muerte lamentable pasó a encarnar un mito nacional” y su apreciación es discutible. Más que mito se trata de una entronización por parte del entonces presidente Echeverría y de su familia, y dentro de la política mexicana lo que un sexenio consagra el otro lo silencia. Mito o no, institucionalizada en los setentas como una segunda Virgen de Guadalupe, adulada, condecorada y reconocida por los grupos de poder, Rosario Castellanos fue una figura bien ajena a los que pretendían beatificarla. Fue ante todo, una mujer de letras, vio claramente su vocación de escritora y ejerció siempre el oficio de escribir. Amó esencialmente la literatura, la estudió, la divulgó. Fue un ser concreto ante una tarea concreta: la escritura y desde un principio se comprometió con ella. Lo demás, puestos, condecoraciones, homenajes, vinieron por añadidura. Su vida nos enseña mucho sobre nosotros mismos, sus conflictos personales analizados a la luz pública nos ayudan a comprendernos, su tono intimista e irónico nos obliga a bajar el tono, a sonreír, a reír, a no tomarnos en serio, su obra, esa sí muy seria, constituye un punto de partida del cual podemos arrancar las que pretendemos escribir ya que engloba a las mujeres pero sobre todo a las mexicanas. No es que Rosario se haya obligado a emular a Simone de Beauvoir, es que el único punto de referencia era Simone de Beauvoir, y por lo tanto América Latina en un afán de ponerse al día, produce desde Picassos hasta Elizabeth Taylors del sub-desarrollo. Lo que Rosario tenía de valioso estaba en sí misma, no en los papeles que se le endilgaron:

*Este ensayo apareció en el núm. 947 de *La Cultura en México*, el suplemento de la revista *Siempre!*, el 1 de mayo de 1980. Agradecemos a la autora el permiso para reproducirlo.

el de feminista, el de mujer mexicana ejemplar, el de funcionaria patriota. Sin embargo, tampoco se puede disociar a Rosario Castellanos de lo que representó para sus contemporáneos.

El día 15 de febrero de 1971 es un día clave en la causa de la mujer. Rosario pronuncia su discurso en el Museo Nacional de Antropología e Historia. Habla del trato indigno entre hombre y mujer en México y sus palabras la convierten en cierta forma en precursora intelectual de la liberación de las mujeres mexicanas. Por primera vez, a nivel nacional (puesto que Rosario habla en una tribuna pública) Rosario denuncia la injusticia en contra de la mujer y declara que no es equitativo ni legítimo que uno pueda educarse y el otro no, que uno pueda trabajar y el otro sólo cumpla con una labor que no amerita remuneración: el trabajo doméstico, que uno es dueño de su cuerpo y dispone de él como se le da la real gana mientras que el otro reserva ese cuerpo no para sus propios fines sino para que en él se cumplan procesos ajenos a su voluntad. Este grito de Rosario —porque grito fue— tuvo una amplia resonancia. Nadie hasta entonces, ninguna señora diputada, ninguna senadora se había ocupado realmente de la condición femenina, y si lo pretendió levantó la mano con tantas precauciones, lo hizo tan tímidamente que nadie la vio. Hasta 1971, las mujeres en el poder eran asimiladas por él, su voz no se aislaba en la unidad del coro por temor a perderla, las mujeres adoptaban el patrón de los hombres y triunfaba “el hombre” que había en ellas. Rosario ya dentro del engranaje oficial gritó y lo hizo airadamente, porque toda su obra, a partir de 1955, estaba encaminada hacia ese grito de denuncia. De hecho, el grito era su obra misma ya que Rosario Castellanos se la pasó tratando de explicarse a sí misma y de explicarnos qué significa ser mujer y ser mexicana.

Rosario, esa mujer que “gritó en un páramo inmenso” es el ejemplo más sólido de vocación literaria que se ha dado entre nosotras. No pienso en Sor Juana porque Sor Juana es un fenómeno aparte, imposible de catalogar, pienso en todas las que deambulamos por la calle y no encontramos taxi y nos duele la panza y se nos va la criada y no sabemos ya ni a qué santo encomendarnos. Rosario, en medio de todo este torbellino de desastres cotidianos —y ella era una mujer expuesta—, pudo crear, pudo vertir en letras una obra admirable. Entre el año de 1948 en que se publicó su libro de poesía: *Apuntes para una declaración de Fe* y 1974, año de su muerte, salieron once libros de poesía, tres libros de cuento, dos novelas, cuatro de ensayo y crítica literaria, una obra de teatro, *El*

eterno femenino, y un volumen que reúne sus artículos periodísticos, en total veintitrés libros a lo largo de veintiséis años. Inició su labor periodística en 1963 y once años después la truncó la muerte. Su último artículo: "Recado a Gabriel" apareció en *Excélsior* el 26 de agosto, o sea 21 días después de su muerte el día 7 de agosto de 1974. Trabajó mucho Rosario, honró a su país, podía si la llamaba irse tranquila porque había pagado su tributo a la tierra, pudo incluso hacernos un encargo:

Quando yo muera, dadme la muerte que me falta
y no me recordéis
no repitáis mi nombre hasta que el aire sea
transparente otra vez.
No erijáis monumentos que el espacio que tuve
entero lo devuelvo a su dueño y señor
para que adventa el otro, el esperado
y resplandezca el signo del favor.

Más que ningún otro escritor mexicano, Rosario habló de su propia muerte. Había en ella algo inasible, un andar presuroso, un tránsito que iba de la risa al llanto, del corredor a la mesa de escribir, un ir y venir de sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras al Instituto Kaíros, una premura, un ansia que punzaba sin mañana y sin noche. Muchas veces avisó que se iba a morir:

Si muriera esta noche
sería sólo como abrir la mano,
como cuando los niños la abren ante su madre
para mostrarla limpia, limpia de tan vacía.
Nada me llevo. Tuve sólo un hueco
que no se colmó nunca. Tuve arena
resbalando en mis dedos. Tuve un gesto
crispado y tenso. Todo lo he perdido.

Dentro de la obra poética de Rosario Castellanos, veinte poemas giran en torno a la muerte, sin contar los dos poemas drámaticos *Judith* y *Salomé*. Lo mismo sucede con su obra en prosa; sus dos únicas novelas *Balún Canán* y *Oficio de Tinieblas* relatan una muerte. Continuamente se interroga:

¿Qué se hace a la hora de morir? ¿Se vuelve la cara a la pared?
¿Se agarra por los hombros al que está cerca y oye?
¿Se echa uno a correr, como el que tiene las ropas incendiadas, para
alcanzar el fin?
¿Cuál es el rito de esta ceremonia?
¿Quién vela la agonía? ¿Quién estira la sábana?
¿Quién aparta el espejo sin empañar?
Porque a esa hora ya no hay madre y deudos
Ya no hay sollozos. Nada más que un silencio atroz.
Todos son una faz atenta, incrédula
de hombre de la otra orilla.
Porque lo que sucede no es verdad.

Así nos quedamos nosotros a la otra orilla, incrédulos. Así lo dijo también Emilio Carballido de quien Rosario estuvo un poquito enamorada (Rosario lo contaba, por eso lo repito), quien nunca acabó de asimilar lo sucedido y permaneció de pie bajo la lluvia hasta que cayera la última paletada de tierra mientras una muchacha, Alcira, ensopada, el pelo como cortina de agua sobre los hombros repartía volantes con poemas de Rosario Castellanos y una noticia biográfica que nos fue tendiendo con la mano a cada uno, como sudario, como pañuelo de adiós.

Rosario murió en la forma más absurda, al tratar de conectar una lámpara en su casa de Israel. La descarga eléctrica la mató y falleció solita a bordo de la ambulancia que la llevaba al hospital. En Israel le rindieron grandes honores. En México, la enterramos bajo la lluvia en la Rotonda de los Hombres Ilustres. La convertimos en parque público, en escuela, en lectura para todos. La devolvimos a la tierra.

*Andaba entre la gente con una flor en la mano
buscando a quién regalársela*

José Joaquín Blanco califica la mayor parte de los poemas que integran *Poesía no eres tú* de sentimentales, amargos, religiosos y domésticos aderezados con mitos (Hécuba, Penélope, Nausicaa, etcétera) y figuras alegóricas (la Madre, la Solterona, la Abandonada, la Cortesana, etcétera) “pensados más para la declamación no oratoria y engolada sino recitada y triste como las oraciones de las mujeres en el templo —ágora femenino— y a media voz, lenguaje femenino”.

No creo que Rosario Castellanos se haya propuesto legar una imagen de plañidera. Lo que pasa es que Rosario usó la literatura como todavía la usamos la mayoría de las mujeres, como forma de terapia. Recurrimos a la escritura para liberarnos, vaciarnos, confesarnos, explicarnos el mundo, comprender lo que nos sucede. Rosario lo hizo hasta en sus artículos periodísticos, cuando se suponía que escogería temas de política internacional o de sociología, e incluso cuando los abordó fue siempre ligándolos a su experiencia personal y a su biografía. En cuanto al sentido de la literatura, Rosario tenía una formación académica rigurosa y era absolutamente profesional, por lo tanto si la ejerció como un desahogo, una entrega de sí misma, lo hizo con conocimiento de causa. Pocos escritores mexicanos han proporcionado tanta información acerca de su persona, pocos lo han hecho tan emotivamente: "Aquí estoy, mírenme, nada escondo", los ojos brillantes, la sonrisa al acecho de otra sonrisa.

Siempre tuve la sensación de que Rosario andaba entre la gente con una flor en la mano buscando a quien regalársela. Su rostro también abierto se tendía hacia arriba (Rosario era una mujer pequeña) carita de luna llena: *chulmetic* como dicen en Chiapas, la mujer lunita, la mujer del Sol. A ella debemos agradecerle el haber acercado a muchos a la literatura al hacerla más familiar, más doméstica, más *wash and wear*; facilitó su trato al brindarse ella misma en holocausto, presentó su conflicto para convertirlo en el de todos. Provocó sentimientos de verdadero cariño al hablar de sí misma lúcida y abiertamente y al lavar en público sus trapos sucios. La ropa sucia se lava en casa, Rosario la lavó a la vista de miles de lectores e hizo que muchos se identificaran con ella.

Dentro de nuestra literatura, Paz suscita la admiración, Fuentes la envidia, la irritación, Revueltas el respeto, Rulfo el asombro; ninguno como Rosario Castellanos suscitó la simpatía, el amor. Por eso su muerte fue sentida como una pérdida personal, por eso también sus libros se venden desde entonces a razón de tres mil ejemplares al mes cuando durante su vida y a pesar de la publicidad circularon escasamente dos que tres ediciones de sus novelas y no se diga de la poesía que en México está dada a la tristeza.

He aquí un ejemplo de un artículo editorial enviado desde Tel Aviv, el 19 de julio de 1973, para la página editorial de *Excelsior*: "Recapitulemos: primero, hija única, sin asistencia regular a ninguna escuela o institución infantil en la que me fuera posible crear amistades. Abandonada

durante mi adolescencia a los recursos de mi imaginación, la orfandad repentina y total me pareció lógica. Permanecí soltera hasta los treinta y tres años durante los cuales alcancé grados de extremo aislamiento, confinada en un hospital para tuberculosos, sirviendo en un instituto para indios.

"Luego contraí un matrimonio que era estrictamente monoándrico por mi parte y totalmente poligámico por la parte contraria. Tuve tres hijos de los cuales murieron los dos primeros. Recibí el acta de mi divorcio (cuyos trámites se habían iniciado con la debida anticipación) ya en mi casa de Tel Aviv.

"Añada usted a todo ello que soy tímida y que, mientras no fue mi obligación, no asistí a ninguna fiesta por temor a mezclarme con los demás, a confundirme, a abolir esa distancia que tan a salvo me mantenía de todo contacto sentimental.

"... Para sentirme acompañada yo no necesité, prácticamente nunca de la presencia física de otro. Cuando era niña hablaba sola, porque soy Géminis. Antes de dejar de ser niña ya había comenzado a escribir versos y ¿cuál fue el resultado de mi primer enamoramiento? La redacción de un diario íntimo que surgió primero como un instrumento para acercar al objeto amoroso pero que acabó por sustituirlo y suplantarlo por completo. Derivé, del tema al que se suponían exclusivamente consagradas las páginas de un cuaderno escolar, a la crónica de los sucesos del pueblo entero. Crónica que después me ha servido para escribir cuentos, novelas, poemas..."

(Dentro de ese mismo orden de ideas, Rosario Castellanos le dijo a Beatriz Espejo en 1967 en una entrevista imprescindible para todos aquellos que quieran conocerla: "... mis enamoramientos y mis desengaños se desarrollaban en un plano estrictamente imaginario. Estoy segura de que mis 'grandes amores' jamás advirtieron que generaban en mí una gama variadísima de estados anímicos y una serie interminable de sonetos. Estas experiencias no trascendían desde el punto de vista real ni literario. En *Lamentación de Dido* la experiencia fue tan pobre como las anteriores; pero logró plasmarse en una forma literaria que todavía considero válida".)

En gran parte, la prosa de Rosario encuentra su equivalente en su poesía; no hay disociación alguna como la hay, por ejemplo, en la obra de Octavio Paz. Rosario pasa de la prosa a la poesía y aborda los mismos temas. Mejor dicho, su grito de soledad se le impone siempre. Dice

en su primer libro: *Trayectoria del Polvo*, “En mi genealogía no hay más que una palabra: Soledad” y en ese mismo libro insiste: “Nací a la misma hora en que nació el pecado y como él, fui llamada Soledad”. De niña Rosario se describe a sí misma como una criatura solitaria y culpable sin más compañía que la de su nana chamula, quien le enseña a comer, a hablar, a coser. Dócil, lo es hasta la mansedumbre. En la escuela, es siempre estudiosa y sus compañeras la buscan para que les explique lo que no entienden. Dolores Castro, su amiga de infancia, cuenta que era una niña tan delgada y tan frágil que la directora la eximió de la gimnasia y del deporte, y cuenta que en 1939, la familia Castellanos, ya sin tierras —expropiadas por la Reforma Agraria— se traslada a México. También en la Secundaria le prohíben correr, jugar a la pelota, de suerte que durante el recreo, Rosario se queda leyendo. Tampoco va a fiestas, se excusa diciendo que irá con mucho gusto, “en cuanto engorde”. En México, Rosario concibe la vida como un proceso de purificación para llegar a otro estrato y escribe, escribe, escribe. Desde niña se refugia en la soledad y sabe que escribir disminuye esta sensación; lo dice textualmente: “Mi experiencia más remota radicó en la soledad individual; muy pronto descubrí que en la misma condición se encontraban todas las otras mujeres a las que conocía: solas solteras, solas casadas; solas madres. Solas, en un pueblo que no mantenía contacto con los demás. Solas, soportando unas costumbres muy rígidas que condenaban el amor y la entrega como un pecado sin redención. Solas en el ocio porque ése era el único lujo que su dinero sabía comprar. Retratar esas vidas, delinear esas figuras forma un proceso que conserva una trayectoria autobiográfica. Me evadí de la soledad por el trabajo, esto me hizo sentirme solidaria de los demás en algo abstracto que no me hería ni me trastornaba como más tarde iban a herirme el amor y la convivencia”.

*La mujer, cuando es joven hace la reverencia,
cuando es vieja, aguarda a que le den la orden de que se retire*

“Rosario Castellanos” —dice José Joaquín Blanco— “prefiere el ritmo de quien habla después del dolor pero conserva íntima y resignadamente sus marcas, incapaz de intervenir en los acontecimientos, que sólo puede —saucе a la orilla de los ríos, dice en *Lamentación de Dido*— sentirlos y expresarlos con inerte queja”.

La frase de José Joaquín Blanco "incapaz de intervenir en los acontecimientos" me impresiona porque la ligo inevitablemente a la suerte de la mujer en América Latina, y veo que Rosario, a pesar de su inteligencia, su talento, su trayectoria académica, su vocación real, finca su vida en la circunstancia amorosa y al fracasar en ella siente que lo demás no importa, "se tiende sobre el lecho de agonía" y "sonríe ante un amanecer sin nadie". De no serle tan absolutamente fiel a su idea de la condición femenina, Rosario podría intervenir pero se empeña en el amor y su quehacer literario acaba siendo secundario. Si para el hombre, el amor no suele ser sino el momento en que se enamora, para la mujer el amor es la inmanencia, la entrega absoluta, la selección de un modo de vida durable hasta la muerte: concebir a los hijos y criarlos. Para el hombre, el matrimonio no es un fin en sí; su objetivo en la vida está en realizarse, lograr lo que se propone. La mujer, para usar palabras de Rosario, permanece en los patios interiores, apaga las antorchas, termina la tarea del día. Cuando es joven, hace la reverencia, baila los bailes y se sienta a esperar el arribo del príncipe. Cuando es vieja, aguarda a que le den la orden de que se retire.

Rosario sigue la convención y asume al principio las cualidades llamadas femeninas: la abnegación, la renuncia, la docilidad, las artes culinarias. No le cuesta ningún trabajo porque ella es, en esencia, una mujer dulce y complaciente. Nadie un poco avezado cree en los prestigios económicos, sociales, morales y sentimentales del matrimonio como nadie cree en la honradez del PRI, pero es tan fuerte y vigente la institución que sólo hasta ahora empieza a ser cuestionada. Es extraño que Rosario haya estado tan poco preparada para la relación conyugal, pero si uno se remonta a su formación religiosa y a sus años escolares resulta previsible, ya que la enseñanza que imparten las escuelas religiosas es absolutamente irreal y garantiza el fracaso de sus pupilas y si no el fracaso, al menos, la no realización de sus capacidades. ¿Qué es lo que esperaba Rosario? ¿Creía en el amor sublime? ¿Estaba en babia? Se lo dijo muy claro a Margarita García Flores a propósito de la publicación de su libro *De la Vigilia Estéril*:

"En esa época yo hacía una vida de ascetismo, mayor que la de una monja, y no tenía la menor capacidad ni siquiera para distinguir los sabores de las cosas. Era yo particularmente insensible a todos los datos de los sentidos y sin embargo el libro está lleno de esos datos pero son de segunda. Los adquirí a través de lecturas. Supe que las cosas olían, supe

que sabían, supe incluso que había diferencias entre hombre y mujer porque leí un libro *Sexo y carácter* y a partir de entonces comencé a encontrar la diferencia y a decir ¡Viva la diferencia! Antes me era todo una masa indiscriminada de gente que se vestía de un modo o de otro, pero eso no tenía ninguna significación”.

Si en sus poemas, Rosario da amarga cuenta de su fracaso matrimonial, en su prosa no hay más que leer la ironía en torno a su luna de miel. En el cuento “Lección de Cocina”, se integra en cambio a la familia de su marido y va a todas las reuniones y festividades de clan, cumple todos los ritos y asiste puntual a ceremonias. Banquetes a los que él no llega, allí se aposenta Rosario conmovedoramente solitaria, aferrada a lo que ella piensa puede ser su modo de estar sobre la tierra. Su familia política le demuestra en cuánta estima la tiene, pero el “mero principal” se mantiene al margen, ausente siempre, mientras Rosario se angustia en su propósito; sacar adelante esta maltrecha vida amorosa. Nada ha salido como ella esperaba y sin embargo Rosario tuvo una visión previa de lo que podía ser su matrimonio, al menos así se lo comunicó a Guadalupe Dueñas de cuya casa en la calle de Puebla (misma donde vivió Villaurrutia) salió para casarse: “Fíjate que me va a pedir que me case con él y me voy a casar y sé que no le voy a gustar”. Subsiste la creencia de sus años de adolescencia en que Rosario se repetía a sí misma: “Soy fea”. Lo asentó en su poema “Autorretrato” dieciocho años más tarde: “Soy más o menos fea. Eso depende mucho de la mano que aplica el maquillaje”. “Soy fea”. “Una noche —me relata Alaíde Foppa— se fue la luz en la Facultad de Filosofía y Letras y Rosario sintió que un muchacho la tomaba del brazo para ayudarla a bajar la escalera. Su reacción inmediata fue: ‘Cuando vuelva la luz y vea que soy yo, me va a soltar’”. Rosario siempre fue insegura. Sintió que sólo el encanto personal, la gracia, podrían suplir esta carencia. De joven, no le importó jamás su arreglo personal, al contrario, hacía todo lo posible por parecer una monja. Tenía un enorme sentido del apostolado, de la entrega a una causa y ella fue quien llevó a Guadalupe Dueñas al Opus Dei en donde los sacerdotes se quedaron asombrados por su misticismo, su espiritualidad, el alto nivel de su renuncia. En esa época, Rosario leía a San Agustín, a Santo Tomás, la Biblia, meditaba diariamente y su afán de absoluto la llevó a establecer una disciplina de trabajo que Lupita Dueñas envidiaba: “A mí me excitó el deseo de Rosario por conocer la religión más a fondo. Durante los tres meses que vivió en mi casa, me hizo estudiar la Biblia, leerla con

un método. Rosario estaba llena de decálogos, reglas de conducta; escribía diez páginas diarias en la madrugada y decía que un escritor sin disciplina jamás llegará a serlo. También jerarquizaba sus lecturas con severidad, de suerte que toda su vida era de fervor”.

De este fervor, Rosario pasa al desencanto. Además de su matrimonio, pierde también la fe; se instala en ella un sentimiento desconocido, el del rencor, en silencio rumia su despecho. Pierde un hijo, una hija, se siente despreciada, su papel de esposa le parece deleznable. “Se me atribuyen las responsabilidades y tareas de una criada para todo. He de mantener la casa impecable, la ropa lista, el ritmo de alimentación infalible. Pero no se me paga ningún sueldo, no se me concede un día libre a la semana. No puedo cambiar de amo”. (Cuando conocí la casa de Rosario Castellanos en la calle de Constituyentes, me pareció grande y desnuda; su colcha lacia era triste. A la casa, la alegraba la voz de Rosario cuando llegaba de la Universidad pero no había calor ni alegría en los objetos, en los muebles. Lo único personal era un arpa indígena traída de Chiapas.)

Los poemas de esos años reflejan bien su estado de ánimo:

EL DÍA INÚTIL

Me han traspasado el agua nocturna, los silencios
originarios, las primeras formas
de la vida, la lucha,
la escama destrozada, la sangre y el horror.
Y yo, que he sido red en las profundidades,
vuelvo a la superficie sin un pez

¿Es la mujer un ser inerte que no puede intervenir en los acontecimientos? Pero ¿cómo se interviene en los acontecimientos? En su poema más grande, *Lamentación de Dido*, Rosario insiste: “La mujer es la que permanece; rama de sauce que llora en la orilla de los ríos”, y otra vez repite: “Nada detiene al viento. ¡Cómo iba a detenerlo la rama de sauce que llora en la orilla de los ríos!” Esas imágenes vuelven una y otra vez; en *Judith*, uno de sus poemas dramáticos dice: “. . . y a un sauce en cuyas hojas el aire va tañendo un arpa de sollozos” . . . “¡Ah, convertirme en sauce y llorar para siempre en tus orillas!”. Y en *Misterios Gozosos*: “Por nada cambiaría, mi destino de sauce solitario, extasiado en la orilla”.

La reiteración casi intolerable de Rosario Castellanos en torno al sauce que llora a la orilla del río, sin poder hacer nada, curiosamente se alía a la imagen que Frida Kahlo nos da de su relación amorosa con Diego Rivera: “¿Ustedes creen que las márgenes de un río sufren por dejarlo correr?” Y a renglón seguido explica que ella es las márgenes del río Diego Rivera. Esta imagen pasiva, triste, como de quien le es fiel a una desventura, la escoge Rosario voluntariamente: “Por nada cambiaría mi destino de sauce solitario extasiado en la orilla”. Rosario está plantada junto a las raíces del hombre y allí seguirá para siempre, suceda lo que suceda:

Inclinada a tu orilla siento como te alejas
 Trémula como un sauce contemplo tu corriente
 formada de cristales transparentes y fríos.
 Huyen contigo todas las nítidas imágenes,
 el hondo y alto cielo,
 los astros imantados, la vehemencia
 ingrávida del canto.
 Con un afán inútil mis ramas se despliegan
 se tienden como brazos en el aire
 y quieren prolongarse en bandadas de pájaros
 para seguirte a donde va tu cauce
 eres lo que se mueve, el ansia que camina
 la luz desenvolviéndose, la voz que se desata
 yo soy sólo la asfixia quieta de las raíces
 hundidas en la tierra tenebrosa y compacta.

Madame l'ambassadrice: la señora avestruz

Rosario Castellanos hace literatura con los sucesos de su vida diaria; sus novelas son autobiográficas, sus poemas un reflejo de su desamor, la minuta de sus sensaciones que caen siempre en la angustia de la soledad. Los artículos que publica *Excelsior*, enviados desde Israel son una larguísima nostalgia, ya no amorosa sino de su país: México. Rosario podrá ser una extraordinaria embajadora y cumplir con eficacia la tarea diplomática pero a la hora de la verdad, lo único que le importa es extrañar a México, a su hijo Gabriel cuando éste se ausenta, recordarlos,

convertimos en lectores confidentes, hacernos partícipes de sus avatares domésticos, de lo que significa instalar una embajada y convertirse en la “señora avestruz”. “He ido transitando —escribe Rosario— de una ‘Señora embajadora’ o ‘embajadera’ más o menos correcto, a un más bien inseguro ‘ambassadrice’ que pronto degeneró (o ascendió) a ‘emperatriz’. Desde donde no había más que un paso (y lo dimos con la ayuda eficaz de mi hijo Gabriel) a ‘señora avestruz’. Es allí donde ahora me encuentro estacionada y no acierto a imaginar cuál será mi próximo avatar”.

Lejos de darse paquete y esconderse tras el formalismo de los oficios, Rosario ríe de sí misma, a veces, en forma despiadada. Relata con júbilo las situaciones desafortunadas en las que se mete, su pluma adquiere más brillo y es fácil imaginarla sonriente frente a su máquina de escribir. Nos dice cuán jocoso es treparse sobre el astabandera a colgar, media hora antes de la ceremonia, el lábaro patrio que ha de izarse en lo alto de la sede de la embajada, y después bajar hecha la mocha a su recámara a ponerse una peluca para que no se identifique a “madame l’ambassadrice” con el chango que hace sólo una hora luchaba por poner en alto la bandera de México. Al instalarse en Israel, Rosario arma su casa, mejor dicho la casa de México, escoge un comedor danés que va llegando por piezas, sí, piezas sueltas que no tienen ninguna relación entre sí y que ella se concreta a apoyar contra la pared en espera de algo con lo que puedan embonar, aguarda las cabeceras y las patas de la cama y lo que es muy importante, va dejando en todas partes la huella de su presencia y de su risa, sí, la alegría de su risa porque según Nahum Megged, Rosario fue feliz en Israel aunque esta felicidad no conste en sus escritos. Lo que sí consta es que Rosario, en esos años de los setentas, se bastó a sí misma y de un modo misterioso estaba completa y comunicó esta sensación de plenitud de quien sabe amar, de quien sabe saber, de quien sabe entregarse a una tarea, de quien puede responder con integridad a una vocación. Rosario admiraba mucho a su amiga María del Carmen Millán y teniendo frente a ella su ejemplo escribió desde Israel “yo fui capaz de romper amarras y de partir y de permanecer temblando (al principio de miedo y ahora de maravilla) porque tengo entre mis manos ese tesoro desconocido que se llama libertad”. Rosario se complace pues en su nueva libertad y se regodea en lo anti-solemne, nada menos ceremonioso que su diplomacia y sus temas más socorridos son sus pifias, las patas que, según ella, mete a todas horas. En realidad es su

tono lo que más la acerca al público de suerte que cuando muere, los lectores sienten que ha muerto una hermana, un ser común y corriente que vive la vida que vivimos todos, con una torpeza que Rosario proclama a los cuatro vientos porque ya en México, las burlas que Rosario hacía de sí misma y de su atolondramiento eran una fuente inconmensurable de risas y de bromas que ella suscitaba a mañana, tarde y noche. El doctor Nahum Megged, el mejor amigo de Rosario en Israel contó que Rosario se perdía en la casa de Tel Aviv, prendía la televisión y olvidaba subir el volumen, estuvo a punto de meter una mano dentro de una batidora (lo cual explicaría en parte su muerte absurda), no podía regar el jardín sin acabar ensopada. Durante un verano mandó a toda su casa de vacaciones para encerrarse a escribir, feliz y decidida a bastarse a sí misma. En la mañana del día siguiente se acercó a prender el gas, y como no prendió se conformó con tomar café frío durante cuatro días. Nunca se le ocurrió averiguar si había gas; dependía de los demás para todas esas minucias. Y es precisamente el relato humorístico de esa dependencia el que la hace entrañable porque había en ella algo tremendamente vulnerable y expuesto; de poderlo, la hubiéramos salvado como se salva a una niña advirtiéndole a cada paso: “No te acerques”, “No te atraveses”, “No corras” pero Rosario andaba lejos y sola, cumpliendo ese destino misterioso que la marcó desde la infancia.

Lo cierto es que el tono trágico-cómico siempre ha sido el de Rosario que no parece querer sobresalir por sus aciertos sino por sus errores y pone mucho más empeño en divulgarlos que en reseñar triunfos y preseas. A nadie le avienta Rosario su éxito a la cara, al contrario, parece que todo le sucede de chiripada y es tan grande el énfasis que pone en su propia desorientación que uno termina por asombrarse de que logre siquiera atravesar la calle. En algunos atardeceres melancólicos he visualizado a Rosario como un Charlie Chaplin femenino o una Giulietta Massina, su moño en la cabeza y su bolero de piel de chango en *Las Noches de Cabiria*. Rosario tenía la misma capacidad de encanto y de desamparo y proyectaba la misma ternura.

En sus artículos Rosario hace hincapié en que no habla un solo idioma salvo el español, que no le gusta viajar porque se pierde en las calles y olvida el nombre de su propio hotel, que ser turista la deprime, que no sabe nadar y que la única playa al alcance de sus limitaciones es Caletilla en Acapulco. Y que todavía allí se las arregla para ahogarse, porque siempre se ha sentido obligada a responder a cualquier reto,

de la índole que sea, como cuando alguien le dijo al oído que brincara la ola: "Ni siquiera contesté" —escribe Rosario—. "Cerré los ojos para aumentar el ímpetu de mi carrera y me lancé al seno del gran monstruo líquido. Nunca supe lo que hizo conmigo, pero me sentí arrastrada a distancias incalculables, rodeada de tiburones hambrientos y cada vez más próximos, naufragos. Hice cuentas: ¿tardaría mucho la escuadra inglesa en venir a rescatarme? Por cerca que yo estuviera de las costas británicas siempre tendría que tomarse su tiempo, así que más valía mantenerme a flote y el único método que usaba para lograrlo era aguantar la respiración.

"Había llegado al límite de la asfixia cuando sentí que una mano humana me sacudía el hombro preguntándome qué me pasaba. Abrí los ojos y, oh, sorpresa. La ola me había arrastrado pero a tierra y yo había vivido mi odisea retorciéndome en la arena y rodeada de un público estupefacto."

Con gran dureza, Rosario juzga su obra, casi diríase que hace mofa de ella, cuando le declara, por ejemplo a Margarita García Flores al establecer un historial de sus libros: "Luego aparece un libro que tuvo el título bastante desdichado por los juegos de palabras a los que se prestaba: *De la Vigilia Estéril*. Pero el título no es lo más grave del libro, sino las maneras de hablar. Hablo allí como si fuera una mujer muy vital, muy sensual, muy rodeada de amor y de pasión. Y eso es pura y estrictamente retórica."

Rosario pone el acento en su femineidad (pero una femineidad afín a la ratoncita Minnie o a la de la novia del Pato Pascual, Daisy) que la vuelve impotente frente a los sucesos de la vida diaria y aunque es verdad que le costaba trabajo simplemente llegar de la mañana a la noche y solía autoconsagrarse al caer la tarde y llamar a sus amigos: "Miren, miren, he logrado no morir", esta imagen resulta sumamente discutible frente a las asombrosas anécdotas que consigna Beatriz Reyes Nevares en su biografía, la única que yo sepa que se haya escrito de ella. Una mañana iba por la avenida 5 de Mayo en el carro de su padre quien manejaba. Este murió del corazón en forma instantánea. Rosario dio la vuelta, abrió la portezuela opuesta, hizo a un lado a su padre y manejó el coche, el padre muerto sentado a su lado, hasta llegar a su casa.

Emilio Carballido me contó que una noche, en la Avenida Constituyentes, Rosario discutía dentro de su coche, con su esposo. Al verla, un policía se acercó:

—Señorita, ¿la está molestando el señor?

Y Rosario respondió enojada:

—Sí me está molestando, lléveselo.

El policía bajó al marido e hizo lo que Rosario le había ordenado: encerrarlo.

Si Rosario daba la impresión de ser una de las mujeres más frágiles que puedan darse sobre la faz de la tierra, necesitó una voluntad de hierro para llevar a cabo su obra, ser maestra, impartir sus seminarios de literatura comparada en la Universidad, dar su cátedra sobre literatura latinoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras, instalarse en Israel y manejar asuntos diplomáticos. Se le hacía tarde, sí, se caía, sí, pero nunca por dentro, se angustiaba; sí, se le corría el maquillaje, pero en la noche se sentaba frente a la máquina a escribir de un tirón sin preguntarse siquiera acerca de su cansancio. Olvidaba el azúcar a la hora del mandado, pero podía hacer un poema antes de acostarse en el momento mismo de poner su cabeza sobre la almohada. Tenía una extraordinaria facilidad para escribir y una notable capacidad de trabajo. Cuando le pedí un poema para el libro de *La Noche de Tlatelolco* que apareció con el título de "Memorial de Tlatelolco" lo escribió en menos que canta un gallo y a las cuatro de la tarde del día siguiente me hablaba insistente para que fuera a recogerlo. A Rosario le pasaba lo que nos pasa a todas las mujeres del mundo, esas banalidades que solemos llamar tonteras y son parte esencial de la vida cotidiana y si las comunicaba sin reparos era porque al hacerlo las transformaba en "materia memorable". Rosario era una mujer extrovertida y su deseo de amor era tal que vertía casi en el primer oído, sin discriminación alguna, los pormenores de su vida y milagros. No es que yo u otra persona tuviéramos acceso a su intimidad, es que Rosario era un ser al alcance de todos pero tenía algo que eso sí no está al alcance de todos: la gracia.

En 1980 no es la imaginación lo que está en el poder sino la imitación y el conformismo, dos de las características de Televisa

En un país como el nuestro en donde la cultura es acartonada y solemne, en el que muchos de los escritores hablan de sí mismos en tercera persona (el yo mayestático: *nosotros*, ¿quiénes son *nosotros*? ¿Usted y quién?) y piden revisar sus entrevistas o sus declaraciones a la prensa, en que

los *happenings* están rigurosamente cronometrados y los actos de libertad se importan directamente de los Estados Unidos, Rosario Castellanos resulta muy poco sofisticada. En el México de los veintes, Diego Rivera y Lupe Marín, Siqueiros y Fito Best, Vasconcelos, Orozco y Tina Modotti, el doctor Atl hacían estallar granadas de colores en todas las plazas pueblerinas. En 1980, no es la imaginación la que está en el poder sino la imitación y el conformismo, dos de las características de Televisa. En un país en que el poeta–funcionario, Jaime Torres Bodet, después de redactar una misiva a la posteridad se suicida sin dejarle ni un recadito a la compañera de toda su vida, sin un “Ahí nos vidrios, Josefina” ¿cuál puede ser la suerte de una mujer como Rosario que confiesa que se le quema el arroz, se le pierde la boleta predial y la engaña su marido? Rosario se la pasa desensolemnizándose y esto en el subdesarrollo es punto menos que inaceptable. En América Latina, es el hábito el que hace al monje. La riqueza, para serlo, debe exhibirse en las infinitas y ahora coloreadas planas de “Sociales” (que nos bajan del cocotero para ofrecernos plátanos) y es mejor hablar modulando la voz como Carmen Madrigal dirigiéndose a sus queridas amigas radio–escuchas que hacerlo con la voz espontánea de campanita en el bosque de Rosario; el “darse su lugar” significa convertirse en un elegante elefante ioh qué elefante tan elegante y relevante! Si Rosario Castellanos hubiera recurrido a la inexpugnable retórica del PRI otro gallo le cantara, pero su actitud ante la vida es de entrega, de confianza, de asombro y de incredulidad y esto queda tan fuera de los cánones de la alta cultura (o al menos lo estaba) que en cierta forma, Rosario es considerada inferior, “caserita”, simple, fácil de hacer a un lado. Su entronización viene con su muerte, pero mientras vida lleva sobre la tierra, Rosario se mueve —a pesar de lo mucho que la quieren sus amigos— en un medio que la minimiza. Se le considera graciosa, muy buena conversadora, pero sus novelas llamadas “indigenistas” son calificadas de grises, oscuras, apocadas y la imagen un tanto derrotista que proyecta de sí misma es aprovechada por quienes no tienen el menor interés en que salga adelante. Las críticas a sus traducciones de St. John Perse, Claudel, Emily Dickinson resultan sangrientas. José Joaquín Blanco concluye: “Rosario Castellanos es una historia de soledad y una ambición literaria fiel y generosa que desgraciadamente exigía mucho mayor vigor y talento de los que ella pudo dedicarles en un medio que además, le fue hostil. Escribió mucho y sus textos son acaso más valiosos por los obstáculos a los que se atreven que por

sus resultados. Sus retos narrativos y poéticos fueron grandes y los realizó con una actitud admirable tanto en la crítica a la vida en Chiapas como a la situación opresiva de la mujer mexicana en los cincuentas que ella padeció ninguneada en los medios culturales por gente hartos inferior a ella”.

Lo cierto es que Rosario Castellanos jamás se reivindicó a la manera de otras figuras (de nuestro medio artístico); nunca recurrió a la publicidad aunque no la evitó (en el momento, por ejemplo, en que Echeverría la nombró embajadora y se convirtió en el sarampión de las esposas de todos los funcionarios en el poder), y la visión que daba de sí misma jamás fue airada ni displicente sino intimista y disminuida y en este muge y hermoso México lo que menos puede provocarse es la compasión. Somos aún, esencialmente cursis: si nos tragamos los culebrones de una Sofía Bassi, ¿cómo podríamos aceptar a un ser ajeno a las posturas efectistas como lo era Rosario Castellanos? Cuando a Rosario la nombraron “La mujer del Año” Kena Moreno se preocupó: “¿Qué no se podría hacer un poco de ruido en torno a Rosario? Ella no se ha movido para nada; es más, parece no interesarle; no ha invitado siquiera a una persona que la escolte a su mesa la noche del banquete”, lo cierto es que a Rosario le dio vergüenza esta ceremonia y si no buscó quién la acompañara es que no se atrevía a invitar a un alma; en esa época su autocrítica lindaba en la tortura personal. Después, Rosario relató la cena con gran sentido del humor, como habría de reseñar otra, en casa de Fernando Benítez a la que fallaron los invitados, cosa que a Benítez compungía y a Rosario no, porque todo lo que se refería a su persona: desaires, golpes a su vanidad, citas fallidas alimentaban su masoquismo y ella transformaba aquello que otros hubieran considerado verdaderas vejaciones en un episodio más de su vida que mucho deseaba se pareciera a la del “Cándido” de Voltaire, o al “Adolphe” de Benjamin Constant.

La complejidad de Rosario Castellanos es infinitamente más compleja que la que José Joaquín Blanco quiere endilgarle

La idea que tiene de Rosario Castellanos el crítico José Joaquín Blanco es parcial porque Rosario además de religiosa y doméstica como él la llama, es crítica y auto-crítica y su naturaleza infinitamente más compleja que la que José Joaquín Blanco quiere endilgarle. Pudo ser doméstica y re-

ligiosa, pero su vocación de escritora la convierte en la gran figura de la literatura femenina hasta el día de hoy. En los cuarentas, además, era difícil afirmarse como escritora, aunque también ahora es difícil, y Rosario empezó a pedir disculpas, sí, a pedir perdón por ser inteligente y capaz de emitir sus juicios; no quería enojar a señor alguno con la demostración de sus capacidades, si ella había logrado entrar a la Universidad, por favor, que nadie se lo tomara a mal, perdón y clemencia, perdón e indulgencia, perdón y perdón, Rosario expone sus dudas, sin dejar de repetir que ella es tonta casi retrasada mental; tiene un deseo enorme de que sus condiscípulos la acepten pero no porque ella esté a su nivel, sino para que la dejen entrar al círculo mágico de sus conversaciones en torno a una mesa de café que han de abrirle las puertas del paraíso. No abandona su papel de "mujer-niña" que además no le cuesta ningún trabajo representar. En su tesis *Sobre cultura femenina* (1950) sustenta nada menos que la mujer es inferior al hombre, que ella misma es inferior, y pide perdón por atreverse a pisar un terreno que no es el suyo. Algunas de sus ideas erizan los cabellos y uno tiene que frotarse los ojos en repetidas ocasiones y preguntarse: "¿Lo dice en serio?" tan asombrosas resultan el día de hoy. Rosario cita a Schopenhauer con el consabido lugar común de "un animal de cabellos largos e ideas cortas", Otto Weininger y Simmel y se lanza a darles toda la razón: "Si compito en fuerza corporal con un hombre normalmente dotado (siendo yo también una mujer normalmente dotada) es indudable que me vence. Si comparo mi inteligencia con la de un hombre normalmente dotado (siendo yo una mujer normalmente dotada) es seguro que me superará en agudeza, en agilidad, en volumen, en minuciosidad y sobre todo en el interés, en la pasión consagrados a los objetos que servirán de material a la prueba. Si planeo un trabajo que para mí es el colmo de la ambición y lo someto al juicio de un hombre, éste lo calificará como una actividad sin importancia. Desde su punto de vista yo (y conmigo todas las mujeres) soy inferior. Desde mi punto de vista, conformado tradicionalmente al través del suyo, también lo soy. Es un hecho incontrovertible que está allí. Y puede ser que hasta esté bien. De cualquier manera no es el tema a discutir. El tema a discutir es que mi inferioridad me cierra una puerta y otra y otra por las que ellos holgadamente atraviesan para desembarcar en un mundo luminoso, sereno, altísimo, que yo ni siquiera sospecho y del cual lo único que sé es que es incomparablemente mejor que el que yo habito, tenebroso, con su atmósfera casi irrespirable por su den-

sidad, con su suelo en el que se avanza reptando, en contacto y al alcance de las más groseras y repugnantes realidades. El mundo que para mí está cerrado tiene un nombre: se llama cultura. Sus habitantes son todos ellos del sexo masculino”.

Rosario menciona entonces a las que lograron colarse, las que pudieron introducirse de contrabando e introducir el contrabando o su producción: Safo, Santa Teresa, Virginia Woolf, Gabriela Mistral, que según ella, violan la ley. Rosario asienta: “Estas mujeres y no las otras son el punto de discusión: ellas, no las demás, el problema porque yo no quiero, como las feministas, defenderlas a todas mencionando a unas pocas. No quiero defenderlas. En todo caso mi defensa sería ineficaz. Porque el implacable Weininger probó en su *Sexo y carácter* que las mujeres célebres son más célebres que mujeres. En efecto estudiando su morfología, sus actitudes, sus preferencias se descubren en ellas rasgos marcadamente viriloides. Y de esto infiere que era el hombre que había en ellas el que actuaba, el que se expresaba a través de sus obras”.

A Rosario quizá la salve la ironía que subyace en cada una de esas frases. Sin embargo, cuando ella dice de sí misma que ni siquiera está acostumbrada a pensar, lo dice en serio. Cuando habla de su mente femenina escasa y débil, también habla en serio. Cuando pondera las inquietudes femeninas, las juzga y las rebaja; no importan, son aplazables. Lo único inaplazable e indomeñable en la vida de una mujer es su necesidad de tener un hijo; todo lo demás es secundario.

“La lógica” —insiste Rosario— “pone a mi disposición diversas vías a las que denomina métodos. Vías lógicas como era de temerse. Pero yo no sólo no estoy acostumbrada a pensar conforme a ella y sus cánones (ni siquiera estoy acostumbrada a pensar), no sólo mi mente femenina se siente por completo fuera de su centro cuando trato de hacerla funcionar de acuerdo con ciertas normas inventadas, practicadas por hombres y dedicadas a mentes masculinas, sino que mi mente femenina está muy por debajo de estas normas y es demasiado débil y escasa para elevarse y cubrir su nivel. No habrá más remedio que tener en cuenta esta peculiaridad. Pero ¿hay un modo específico de pensar de nosotras? Si es así ¿cuál es? Los más venerables autores afirman que una intuición directa, oscura, inexplicable y generalmente acertada. Pues bien, me dejaré guiar por mi intuición.

“Pues bien, mi intuición directa, oscura y deseo fervientemente que por esta única vez, acertada, me dice que si quiero justificar la activi-

dad cultural de ciertas mujeres me es preciso, en primer término, haber llegado a la formación de un concepto de lo que es la cultura, llenando así ese vacío en el que mi pie ha continuado gravitando.

"De la cultura sé, hasta ese momento, que es un mundo distinto del mundo en el que yo vegeto. En el mío me encontré de repente y para ser digna de permanecer en él no se me exige ninguna cualidad especial y rara. Me basta con ser y con estar. A mi lado y en mí se suceden los acontecimientos sin que yo los provoque, sin que yo los oriente. Todo está dado ya de antemano y yo no tengo más que padecerlo. En tanto que en el mundo de la cultura todo tiene que hacerse, que crearse y mantenerse por el esfuerzo. El esfuerzo ya sé que lo hacen los hombres y que pueden hacerlo en virtud de sus aptitudes específicas que los convierten en un ser superior al mío. Estas aptitudes, él lo proclama, no son anárquicas ni caprichosas sino que obedecen a reglas, se vierten en moldes determinados".

Rosario sigue dale y dale como animal de noria, una y otra vez, con su mente escasa, anárquica, caprichosa, acostumbrada a no pensar. Ella misma cuenta a Beatriz Reyes Nevares que los sinodales de su examen profesional, Leopoldo Zea, Eduardo Nicol, Paula Gómez Alonso, Bernabé Navarro sonríen para después reír y a Rosario, lo sabemos, le gusta hacer reír. ¡Pero su tesis va en serio! Y he aquí lo asombroso, Rosario siempre tuvo un sentimiento de inferioridad, una enorme timidez, una inseguridad incubada en la infancia (y lo que se incubaba en la infancia, lo sabemos, llega para quedarse, ningún psicoanálisis, ninguna conmoción nos libera de los temores, la soledad y las ideas fijas de la niñez) y por lo tanto, Rosario cree a pie juntillas que el varón es superior a la mujer, y lo cree hasta que le demuestran lo contrario; ya en los setentas está totalmente desengañada. En el Centro Nacional de la Productividad, en una conferencia, Rosario no pide excusas, al contrario, les dice a las mujeres que luchen por la adquisición y la conservación de su personalidad; que defiendan sobre todo su derecho al estudio, que no renuncien a su carrera. Pregunta: "¿En cuantos casos, la renuncia nos es impuesta desde afuera por una sociedad que todavía no admite que el desarrollo de una serie de capacidades no va en detrimento de la rutina? ¿En cuántos casos las mujeres no se atreven a cultivar un talento, a llevar hasta las últimas consecuencias la pasión de aprender por miedo al aislamiento; a la frustración sexual y social que todavía representa entre nosotros la soltería?" Rosario se dirige entonces a los hombres: "Si

se muestran accesibles al diálogo tenemos abundancia y variedad de razonamientos. Tienen que comprender, porque lo habrán sentido en carne propia que nada esclaviza tanto como esclavizar, que nada produce una degradación mayor en uno mismo que la degradación que se pretende infligir a otro. Y que si se le da a la mujer el rango de persona que hasta ahora se le niega o se le escamotea, se enriquece y se vuelve más sólida la personalidad del donante”.

El 15 de febrero de 1971, en el Museo Nacional de Antropología e Historia, su protesta es rotunda. Rosario ha dado un viraje de 190 grados, las mujeres ya no son tontas, son simplemente víctimas, el sexo, lo mismo que la raza no constituye una fatalidad biológica, histórica o social. Es sólo un conjunto de condiciones, un marco de referencias concretas dentro de los cuales el género humano se esfuerza por alcanzar la plenitud en el desarrollo de sus potencialidades creadoras, y a renglón seguido Rosario Castellanos condena la abnegación llamándola una virtud loca y enumera lo que podrían ser unas tablas de la ley de reivindicación de la mujer, entre las cuales destaca ésta: “No es equitativo —y contraría el espíritu de la ley— que uno tenga toda la libertad de movimientos mientras el otro está reducido a la parálisis”.

La soledad une a la niña Rosario a la suerte de los chamulas

La línea autobiográfica en la obra de Rosario Castellanos es continua y fácilmente reconocible. Emilio Carballido le aconseja recuperar sus recuerdos de infancia y surge la primera de sus novelas: *Balún Canán* que más que la vida de los chamulas relata su soledad de niña. Los indígenas son un apoyo, la injerencia de la nana es definitiva pero lo importante para Rosario es esta niña que mira caer la lluvia contra la ventana y se siente culpable de la muerte del hermano menor Benjamín Castellanos, el consentido de los padres. Rosario tuvo un hermano a quien le puso Mario en la novela y deseó su muerte. Una vez lo dijo en voz alta, esperanzada: “¡Cómo no se muere para que a mí me quieran como a él!” y cuando murió de un ataque de apendicitis que en Comitán no pudo ser atendido a tiempo, Rosario escuchó: “¿Por qué se murió el varón y no la mujercita?” Benjamín Castellanos, aunque ausente, siguió siendo el preferido, sus padres se encerraron sobre sí mismos con su dolor y la dejaron a solas con su nana chamula. Rosario oyó a su padre, César Caste-

llanos decir, cuando ella iba a buscarlo: "Ahora ya no tenemos por quién luchar". Quizá en esta culpabilidad de la infancia esté la clave del desarrollo posterior de Rosario, la clave también de su vocación de escritora, la de su soledad y su desamor:

Tal vez cuando nació alguien puso
 en mi cuna
 una rama de mirto y se secó.
 Tal vez eso fue todo lo que tuve
 en la vida, de amor.

La soledad une a la niña a la suerte de los chamulas que pasan por el corredor de su casa silenciosos y furtivos sujetos a las circunstancias que siempre les son adversas. Más que vivir la vida, la padecen. En *Oficio de tinieblas* Catalina Díaz Puijla, indígena, estéril trata de romper su condición de oprimida volviéndose bruja para suscitar así el temor, salir de la indiferencia. Tanto en *Balún Canán* como en *Oficio en tinieblas*, Rosario describe lo que ha visto, se apega a la realidad. No hay en ella nada de surrealismo, no reúne elementos alejados ni disímbolos por más que así pueda parecerlo, su objetivo es la realidad y una realidad congruente y previsible en Comitán, por más extraña que ésta parezca a los ojos del extranjero. Incluso en sus novelas *Balún Canán* y *Oficio de tinieblas*, en sus libros de cuentos *Ciudad Real* y *Los convidados de agosto* Rosario refleja la cotidianeidad. Lo fantástico, lo mágico proviene de las situaciones fielmente descritas, no del delirio de la autora. Nunca invierte los términos de la realidad, nunca reúne elementos dispares, describe lo concreto. Su arte es de observación, de increíble entrelazamiento, eso sí, de sus células, las de su piel con las células de esta desenfadada creación tropical que es la naturaleza de Chiapas. Rosario no se disfraza de maga, le basta con retratar la vida diaria de Catalina Díaz Puijla, registrar sus palabras para brindarnos un universo nuevo. La realidad de los indígenas es siempre prodigiosa y el talento de Rosario consiste en percibirlo y dárnoslo en palabras. Rosario actúa como un vidente privilegiado, un informante que proyecta lo maravilloso. Sin embargo, por el hecho mismo de percibir, Rosario se convierte en espectador, y de hecho siempre lo ha sido, puesto que nació en una familia de hacendados en un mundo de pobres en el que los chamulas no podían ser más que servidores. Y de espectador a extranjero sólo hay un paso y Rosario

lo da con la culpabilidad que la caracteriza, de ahí su *Monólogo de la Extranjera* y de ahí también que su literatura esté ligada a la *Visión de los vencidos*. Su fuente es la misma. No es por azar que Rosario haya consignado tantas veces, entre risas, que es la autora del *Popol Vuh*, y afirmado haber escrito el *Chilam Balam* para no defraudar a los lectores de *Balún Canán*; la confusión lleva a la realidad, al igual que Miguel Angel Asturias en *Los Hombres de Matz*, Rosario se remontó a los orígenes.

Finalmente quisiera hablar de la calidad moral de la obra de Rosario Castellanos. En cierta forma, ella misma la asentó frente a Beatriz Espejo:

“El trabajo me abrió mi primera vía de acceso al mundo. Cuando descubrí esta cualidad, busqué un trabajo que llenara ciertas exigencias éticas y cierto deseo de justicia. Solicité incluso, sin manifestar posibilidad alguna de ser útil, servir en el Instituto Nacional Indigenista. Desde mi infancia, alterné con los indios. Después de adquirir una perspectiva, me di cuenta de cómo eran los indios y de lo que deberían ser. Me sentía en deuda, como individuo y como clase con ellos. Esa deuda se me volvió consciente al redactar *Balún Canán*. Asumirlo trajo como resultado otros libros y la actividad de dirigir el teatro Guignol en el centro que el Instituto Indigenista mantiene en San Cristóbal.”

Rosario se compadece, se siente culpable, quiere pagar su tributo. De estos sentimientos deriva su interés por los oprimidos, los indígenas, los campesinos mexicanos y en los últimos años, las mujeres con quienes se solidariza abiertamente a partir de su declaración del Museo Nacional de Antropología. Mientras Carlos Monsiváis se dedica a interpretar la vida de la ciudad de México, Rosario le da a su literatura una intención moral. No creo que los buenos sentimientos basten para hacer una buena literatura, pero sí creo que la postura moral de Rosario es consecuencia de su vida entera. Además, hay que recordarlo, Rosario sufre y todo sufrimiento es garantía de seriedad. En su obra hay dolor, un dolor exacerbado. Otra mujer quizá no tendría presentes a hijos que murieron en el momento mismo de nacer o casi, pero Rosario les dedica poemas a los hijos que antecedieron a Gabriel, a los tristes, a los desventurados, a las solteras, a las abandonadas. Habría que recordar también que Rosario regala sus tierras en Chiapas, al menos lo que quedaba de ellas, en el momento en que decide regresar a San Cristóbal y trabajar en el Instituto Indigenista. Se corta asimismo el cabello al rape un poco a la manera de Sor Juana para no caer en la tentación de regre-

sar al Distrito Federal. Su vida es franciscana, sus alimentos son frugales, desearía comer sólo lo que comen los chamulas; el ejemplo de Simone Weil ha cundido y Rosario se encamina derechito hacia lo que podría llamarse una vida ejemplar.

Si en los primeros años, sus objetivos fueron moralmente hermosos, en los últimos años, al sentirse rechazada por su marido, Rosario decide escogerse a sí misma, incluir a su propia persona dentro de sus objetivos altruistas. Esto la hace volverse más interesante, al menos para mí. Sin embargo no logra romper del todo la imagen convencional que cree que la sociedad espera de ella y de hecho se defiende mal; sus argumentos están siempre ligados a la condición femenina. "Mi madre en vez de leche me dio el sometimiento" dice en *Salomé*.

Rosario conformada por siglos de tradición no pudo hacer mucho más de lo que hizo que ya fue mucho. *Salomé* y *Judith*, las dos heroínas de sus poemas dramáticos —figuras bíblicas también— escogen la muerte y la locura antes de consumar el acto amoroso. Se ofrendan a sí mismas para salvar a su pueblo, a su ideal, o en el caso de Salomé vengar a todas las mujeres. Al final de cuentas, a pesar de su rebeldía y su aparente liberación es tal su yugo y su capacidad de sometimiento que el último refugio es el de la desadaptación, la locura, el arrinconamiento. Salomé ha perdido toda su fuerza: "Déjame estar aquí, ya no diré nada" y se acullilla en un rincón de la casa familiar, extraviada. Sola se ha marginado, sola pagará el precio de su rebeldía. Rosario está en lo cierto al no ofrecerle mayores opciones a la mujer que la del sacrificio, la renuncia. Gran parte de las mujeres en nuestro país ni siquiera han nacido a la sexualidad, por ejemplo. Una anécdota lo ilustra bien: el hombre llega noche a encontrar a su mujer dormida y procede al acto sexual. Cuando ella se despierta, él la tranquiliza diciéndole: "Tú dormidita, dormidita". Si la sexualidad mexicana se encuentra en este nivel tan elemental, ¿qué podía esperar la propia Rosario si su formación entera la encaminaba hacia el fracaso sexual? Rosario tiene un aterrador juicio sobre el matrimonio en *Album de familia*.

"Es el ayuntamiento de dos bestias carnívoras de especie diferente que de pronto se hallan encerradas en la misma jaula. Se rasguñan, se mordisquean, se devoran, por conquistar un milímetro más de la mitad de la cama que les corresponde, un gramo más de la ración destinada a cada uno. Y no porque importe ni la cama ni la ración. Lo que importa es reducir al otro a esclavitud. Aniquilarlo". Y por si fuera poco y para

comprobar mi tesis de que Rosario toca los mismos temas en su prosa y en su poesía dice en "La Tierra de Enmedio": "Hemos aquí un siglo sentados, meditando/ encarnizadamente/ como dar el zarpazo último que aniquile/ de modo inapelable y para siempre al otro".

Creo que Rosario Castellanos fue una gran escritora mexicana, si no grande en sus logros, grande en sus aspiraciones. Antes que ella, nadie sino Sor Juana se entregó realmente a su vocación. Ninguna vivió para escribir. Rosario, es finalmente eso: una creadora, una hacedora de libros. Sus libros —poesía y prosa— son el diario de su vida. Y su vida estuvo marcada por la muerte. Había en ella como en la tragedia griega, la mitad de un rostro risueño y la otra de uno que llora. Su esfuerzo, a lo largo de sus cuarenta y nueve años de vida —un esfuerzo moral—, nos la hace valiosa, entrañable. Rosario completó su obra con su vida y entre las dos —vida y obra, rostro que ríe, rostro que llora— acrecentó sus dones para devolverlos a la tierra "cual dádiva resplandeciente". Supo que escribir era su oficio, pero desde un principio vivió su doble condición: mujer y mexicana, mujer y latinoamericana, mujer y marginada y esto es casi tan malo como ser negro, judío y cornudo, todo junto. Testigo de su propio aislamiento y de su impotencia quiso hacerlos evidentes con la mayor autenticidad. Nunca mintió, nunca fingió; salvaguardó siempre su verdad interna. Al hacerlo, ella misma se condenó de antemano puesto que puso a la vista de todos, con absoluta humildad, el total de sus limitaciones. Nunca hizo nada por escapar a la maldición, en realidad no creo que deseara salvarse. Ella misma lo dijo en este fragmento de poema:

Pero no pude. Alguno
 por encima del hombro me vigila
 me prohíbe...
 me prohíbe...
 Es descargado el látigo para hacerme
 saber
 que no tengo atributos de juez y que mi
 oficio
 es sólo de amanuense.
 Y me dicta mentiras: vocablos
 desgastados
 por el rumiar constante de la plebe.

Y continúo aquí abyecta, la tarea
de repetir grandeza, libertad, justicia, paz
amor, sabiduría
Y... , y... no entiendo ya
este demente y torpe balbuceo.